

SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

A CARGO

de **MANUEL TOUSSAINT Y RITTER****MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA**

México.—Imprenta Victoria.—1916.

Bajo este título presenta la Universidad Popular Mexicana, reunidas en interesante folleto, la serie de conferencias con que honró la memoria de Cervantes, en el tercer centenario de su muerte.

Es muy digna de admiración y de ayuda decidida, la meritísima obra que la Universidad Popular viene desarrollando. A las sesiones verificadas en su local, verdaderos cursos libres, algunos memorables; a la serie de conferencias pronunciadas en distintos establecimientos, sigue la publicación de opúsculos relacionados con los mismos actos, a fin de hacer más intensa y duradera la difusión cultural.

Respecto del valor mismo de estas conferencias, es muy variable. Vemos, por ejemplo, que la primera no es, en resumen, sino un extracto de la vida de Cervantes, —malo, pues contiene errores hoy perfectamente aclarados, como afirmar que perdió la mano izquierda, cosa falsa—escrito en un estilo antiborrado de arcaísmos y en el que las cosas no son designadas por sus nombres, sino por perifrasis más o menos alambicadas: Fray Luis de León—el enorme místico maestro *en* Salamanca; el Vesubio—el histórico volcán que destruyó Pompeya; etc. ¡Y pensar que hay quien crea que es ésto escribir buena prosa!

CVLTVRA

SELECCION
DE BUENOS
AUTORESANTIGVOS
Y
MODERNOS

SOR JVANA YNES DE LA CRVZ



ToMo I.

MEXICO

NVM. 6

FRANCISCO NAVARRO.

TEL. MEX. 623 NERI.

ERICSSON 7903.

"GRAN BAZAR"

AVENIDA FRANCISCO I. MADERO, 28.

CENTRO DE ARTE Y CULTURA.

EXPOSICIONES PERMANENTES DE MUEBLES FINOS

ANTIGUOS Y MODERNOS.

DEPARTAMENTO DE ANTIGUEDADES:

Escritorios Bargueños Siglo XVI. -Cómodas BULL. -Muebles Bretones. -Tibores Chinos y Japoneses. -Cristos Marfil y Madera Siglos XVI y XVIII. -Notable cuadro "Muerte de San Francisco", de Solís, Pintor Español Siglo XVII. (\$1500.00 oro Nacional.)

DEPARTAMENTO MODERNO.

Recámara Luís XV, 7 piezas. -Comedor Inglés 10 piezas. -Recámara laca, para niña. -Ajuares todos estilos. -EXPOSICION DE PINTURAS DEL NOTABLE ARMANDO GARCIA NUÑEZ.

ANTES DE COMPRAR O VENDER VISITE UD. ESTE ESTABLECIMIENTO.

TODO DE OCASION.

CULTURA

SELECCIÓN DE BUENOS AUTORES
ANTIGUOS Y MODERNOS

DIRECTORES: AGUSTÍN LOERA Y CHÁVEZ.
Y JULIO TORRI

Tomo I, Núm 6.

SOR JUANA INES DE LA CRUZ

POESIAS ESCOGIDAS

SELECCION Y PROLOGO

DE

MANUEL TOUSSAINT.

MEXICO.
Noviembre 19

1916.

SOR JUANA INES DE LA CRUZ.

El nombre de sor Juana Inés de la Cruz, cuyos mejores versos se ofrecen hoy al público, es sin disputa, el más importante de nuestras letras coloniales. Sin disputa, porque el único que pudiese hacerle sombra, o más bien sobrepujarlo, el de Juan Ruiz de Alarcón, no es tan del todo nuestro que podamos invocarle como representativo de una época. El de sor Juana, sí. En ella se resumen las virtudes y defectos de su siglo, a pesar de haber sido mujer extraordinaria: a una gran inquietud espiritual, a una sensibilidad a veces ardentísima, unía el saber enfadoso de su tiempo y cierto mal gusto de que casi ningún escritor colonial pudo libertarse; el espíritu literario de sor Juana, multiforme, aparece bajo tan varios aspectos, que suele temerse no hallarlo en ninguno; además, el discreto de la Corte, llegando hasta el silencio de la celda, reflejaba en los escritos de la monja algo del brillo barroco del Virreinato, tal vez en mengua del mérito de su obra.

Alarcón está libre de todas estas influencias del medio. Su personalidad es tan homogénea, su arte tan discreto—y hay quien piense que es demasiado discreto—sus rasgos tan sobrios, que si es tipo innegable de nuestra raza, como lo de-

mostró brillantemente Pedro Henríquez Ureña, no puede personificar el espíritu de la Colonia, en que al lado de la tristeza fundamental del indio había algo del exceso español y de su algazara, engrandecidos quizás por la serenidad del ambiente y el florecer del País.

* *

No se ha escrito aún el libro definitivo que estudie a sor Juana como lo merece. Al de Amado Nervo—*Juana de Asbaje*—le falta madurez; quiso tal vez darle amenidad y logró empequeñecer su trabajo; ¡como si fuera preciso hacer parodias y recurrir a *interviews* para escribir una agradable biografía, llena del sabor arcaico de la Nueva España, del murmurar de conventos y de las infinitas fiestas de la Corte y de la Iglesia!

Homenaje debido a nuestra poetisa es consagrarle una obra digna de ella. Allí debe estudiársela en todas sus manifestaciones, las literarias y las ideológicas, las religiosas y las musicales. Su prosa no merece menos estimación que sus versos, que sus comedias o que sus autos sacramentales. Hasta el Folk-Lore tendrá que ver con sor Juana, determinando de modo preciso los elementos populares que figuran en las *Xácaras*, en las *Ensaladas*, en los *Cardadores* de sus Villancicos, y deslindándolos de los propios aportes. ¿Hay algo que tenga más sabor popular, más sencillez rústica que cualquiera de dichas formas poético-musicales, escogida al azar?:

A San Pedro canto,
tengan atención,
porque es de la carda
por el cardador.

Nuestros eruditos habrán de contribuir a la fijeza definitiva de los datos que acerca de la vida de sor Juana poseemos, comprobando aun los que ella misma nos dejó en su célebre respuesta a *sor Philotea de la Cruz*. No es excesivo pedir tanto; autores de mucha menos importancia gozan en Europa de monografías que los ponen en claro. Mas, ¿qué mucho, si de sor Juana ni las obras podemos leer? Todavía se espera la edición crítica de ellas y se esperará quién sabe por cuánto tiempo.

* *

El rasgo distintivo de la poetisa es su grande inquietud espiritual; «el ejemplo de curiosidad científica, universal y avasalladora que desde sus primeros años dominó a sor Juana—dice Menéndez y Pelayo—. . . . Es algo tan nuevo, tan anormal y único, que a no tener sus propias confesiones escritas con tal candor y sencillez, parecería hipérbole desmedida de sus panegiristas.»

Nació el 12 de noviembre de 1651, en la alquería de San Miguel de Nepanthla, jurisdicción de Amecameca; apenas contaba tres años de edad cuando comenzó sus estudios, a hurto de su madre, usando de engaño con la maestra que daba lección a una hermanita suya. «En dos años, dice el Padre Calleja, biógrafo, el más autorizado de sor Juana, aprendió a leer y escribir, contar y todas las menudencias curiosas de labor blanca: éstas con tal esmero, que hubieran sido su heredad, si hubiera habido menester que fuesen su tarea.» Antes de los ocho años, movida de la codicia por un libro que le ofrecieron, compuso una *Loa* para una fiesta en honor del San-

tísimo Sacramento, con todas las condiciones requeridas por tal poema. ¡Muestra grande de la precocidad de sor Juana! Pero más de admirarse son sus afanes por aprender; ella misma refiere que, habiendo oído decir que el queso traía rudeza al espíritu, se abstuvo de comerlo, contra la gula natural de la infancia. Supo que en México había Universidad, y comenzó a insistir con su madre para que la enviase a la capital, disfrazada de varón, a casa de unos parientes que tenían y poder así seguir los cursos universitarios; la madre, naturalmente, no quiso hacerlo, pero ella, en desquite, dióse a leer infinidad de libros de asuntos varios que su abuelo poseía, sin que fueran parte a impedirlo reprensiones ni castigos.

A la edad de ocho años pasó con sus padres a México, donde siguió su estudiosa tarea. Aprendió la lengua latina en solas veinte lecciones que recibió del Bachiller Martín de Olivas; y llegó a saberla con perfección, que puso en ello toda la tenacidad de su carácter. Tanta era ésta, tratándose de aprender algo, que mutilaba sus cabellos, fijando como plazo el tiempo que tardaban en crecer para dominar el conocimiento de lo que anhelaba. Es interesante escuchar el relato de sus propios labios: «era tan intenso mi cuidado, dice, que siendo así que en las mujeres (y más en tan florida juventud) es tan apreciable el adorno natural del cabello; yo me cortaba de él cuatro o seis dedos, midiendo hasta donde llegaba antes, e imponiéndome ley, de que si cuando volviese a crecer hasta allí no sabía tal o cual cosa que me había propuesto deprender en tanto que crecía, me lo había de volver a cortar en pena de la rudeza. Sucedió así, que él crecía y yo no sabía lo propuesto, porque el pelo crecía aprisa y yo aprendía de espacio; y con efecto le cortaba, en pena de rudeza que no me parecía

razón que estuviese vestida de cabellos, cabeza que estaba tan desnuda de noticias qua era más apéteccible adorno».

El nombre de sor Juana corría por México cada vez más famoso. Hay quien afirma que habiendo llegado la fama de la poetisa a oídos de los Virreyes, lleváronla a su palacio en calidad de dama de honor de la Virreina; el Padre Calleja dice que la introdujeron sus parientes. Sea como fuere, la poetisa hállase ya en un centro digno de su mérito; fué allí donde sufrió la prueba más temible para su ingenio y su saber, y donde acreditó para siempre uno y otro. Aconteció que el Virrey, Marqués de Mancera, viendo en sor Juana tanta copia de noticias sacras y vulgares, y desando desengañarse acerca de la calidad de dichos conocimientos, convocó en su palacio a cuantos hombres de saber y letras vivían en México. Ante ellos pasó sor Juana examen sin igual, de que la sacaron triunfante sus escasos años, ya que, según la misma frase del Virrey, «a la manera que un galeón real se defendería de pocas chalupas que lo embistieran, así se desembarazaba Juana Inés de las preguntas, argumentos y réplicas, que tantos, cada uno en su clase, le propusieron».

Como se ve, a la vez en años crecía sor Juana en ciencia. Cuentan sus biógrafos que su belleza era tanta (y si no mintieron los pinceles aún algo de ella podemos admirar en sus retratos) que llevaba tras sí toda una corte de admiradores; por ésto, considerando los riesgos que corría, «que la buena cara de una mujer pobre es pared blanca, donde no hay necio que no quiera echar su borrón», sin pensar siquiera en el matrimonio por la total ineptitud que para él tenía, determinóse a entrar en Religión. No pocas vacilaciones causábale la idea de que sus deberes conventuales impidiesen el estudio, único

afán de su vida; mas con ayuda de su confesor, el Padre Antonio Núñez, venció su resistencia, y, el 14 de agosto de 1667, contando por lo tanto poco menos de diez y seis años, ingresó en el Convento de Santa Teresa la Antigua; asistieron al acto los Virreyes, Marqueses de Mancera. Parece que la regla de este Convento era demasiado dura y que sor Juana enfermó a causa de ello: pues el 18 de noviembre del mismo año de su ingreso, abandonó la casa. En 1669, el 24 de febrero, firmó su profesión de fe en el Convento de San Jerónimo. En él había de pasar los años restantes de su vida, entregada a sus libros, a sus meditaciones, mas también a la charla habitual de los conventos, hasta su muerte, acaecida el 17 de abril de 1695, a causa de una epidemia que infestó el Convento y que la atacó a ella cuando cuidaba de las monjas enfermas. ¡Muerte dignísima de quien había sabido vivir según sus inclinaciones y desarrollar toda la amplitud de sus talentos!

* * *

Sor Juana comenzó a componer versos desde sus más infantiles años. Tenía el instinto del metro y de la rima altamente desarrollado; y sin duda la admiración que causaba, junto con el solicitar constante, traían el ejercicio con el perfeccionamiento; «era muy racional admiración de cuantos la trataron en aquella tierna edad,—dice el Padre Calleja—de ver la facilidad con que salían de su boca, o de su pluma los consonantes y los números; así los producía como si no los buscara en su cuidado, si no es que los hallase de balde en su memoria». Por lo demás, uno era el hacer versos y otro la verdadera poesía; repetidas veces habla sor Juana de sus facultades versificadoras como de la cosa más natural, del medio de expresión en que movía fácilmente sus ideas:

Y más cuando en esto corre
el discurso tan apriesa,
que no se tarda la pluma
más que pudiera la lengua.

Si es malo, yo no lo sé;
sé que nací tan poeta,
que azotada, como Ovidio,
suenan en metro mis quejas.

¿Pues no llegó a decir en su respuesta a *sor Philotea de la Cruz* que la habilidad de versificar era en ella tan espontánea que se violentaba para no escribir dicha carta en verso? Es indudable que en los infinitos versos de ocasión que escribió sor Juana es donde menos se halla su espíritu; hay en ellos rasgos de humorismo y aciertos populares que quizás tomó del ambiente, sobre todo en las formas de canto o baile. Pero ¿qué ha pasado a la posteridad de esas composiciones fugaces en que mezclaba versos latinos, castellanos, portugueses y hasta indígenas? A sor Juana hay que buscarla por otros caminos: en sus poemas de amor y en sus poesías sagradas. Y llegamos al umbral del misterio de esta mujer incomparable; a su secreto, que hacen más incitante las leyendas y que evoca en nosotros, a la par que admiración, un leve ademán de simpatía: el amor de sor Juana.

Amor ardentísimo, cuya intensidad desbordó a borbotones en ondas de poesía, mas del cual nada de positivo sabemos, ni sabremos quizás nunca, sino lo que dicen los versos de la poetisa. ¿Fue antes de renunciar al Mundo, o ya en su clausura voluntaria cuando sintió el fuego de la llama amorosa? La precocidad de su espíritu consiente creer lo primero; el avergonzarse de sus amores, teniendo como gran castigo el confesarlos; la circunstancia de ser sus mejores versos los que tra-

tan de amor, lo que acusa la perfección técnica de la madurez, inclinaba a pensar lo segundo.

Así pues, una pasión de condiciones tan encontradas, de fuego tan ardiente por un lado y de recelo temeroso ante la magnitud de la falta por el otro, había de ser la inspiradora de poesías en que se revelase tan profundo desasociado. Halla como medio de expresión perfecto, por su índole misma, el soneto petrarquista que había hecho de España su segunda patria desde el siglo XV. El fondo ingenioso, sutilmente fabricado con esperanzas desvanecidas y picantes saetas de celos unas veces, de reconvenciones otras; dicho todo en gallardos endecasílabos cuya música no hubieran desdeñado las lirás más melodiosas del Olimpo. Excepcionalmente, llega en sus sonetos a la nítida frescura de Garcilaso, a la expresión cristalina, desprovista de afeites:

Buscan luego mis ojos tu presencia
que centro juzgan de su dulce encanto . . .

Por lo general, extrema la nota del ingenio y sucede a veces que cae del todo en la afectación, como en aquel soneto, en *que da medio para amar sin mucha pena*, que aunque tiene algunos bellos versos, no figura en este florilegio, pues su terceto final, sobre incomprensible, es feísimo. Algunos de los sonetos de sor Juana acentúan tanto la ingeniosidad interior, que incurren en un verdadero conceptismo, por lo complicado de su idea: tales los dos sonetos de la *negación de la memoria*.

Libre de esta afectación hállase el cántico de sor Juana en sus famosas *Liras*. Tres son, a cual más admirable, sobre todo las que *expresan sentimientos de ausente*; en ellas, sin duda, alcanzó la poetisa su vuelo más encumbrado hacia la lí-

rica. Parece como si el amor mismo de sor Juana, desentendiéndose de todo escrúpulo y limitación, entonase con acentos nunca escuchados sus propias voces, al recuerdo del ausente. Las *Liras* de una mujer que llora a su marido muerto, son por instantes verdaderos sollozos; y las que dan satisfacción a unos celos encierran tal suave y resignada humildad, que parece imposible quepa en humano pecho.

El gongorismo de sor Juana ha sido como un escollo interpuesto entre su poesía y quienes eran, de grado, lo bastante ciegos para no gustarla. Es verdad que imitó a Góngora en su *Sueño*; mas su propia declaración de que fué dicha poesía la única que escribió por gusto, ha de interpretarse como expresando su agrado por una imitación literaria, por un ejercicio intelectual, nunca afirmando que fué solamente allí donde vertió su verdadero espíritu poético. Para probar lo contrario, aún contra la poetisa, estarían centenares de poemas. Es más; sor Juana fué mujer de su tiempo y tuvo aquellas condiciones internas que explican el gongorismo, como lo ha explicado Alfonso Reyes; no sólo como devaneo de palabras, hueco y sin motivo, antes como expresión de deseos plásticos, de *movimiento y color*, a la par que de aristocratismo poético que sacaba fuerzas del mismo decaer de su tiempo. Pero eso no basta a hacer de sor Juana un poeta gongorino; junto a su *sueño* y a sus sonetos, están sus admirables villancicos, con su aliento de poesía del siglo XVI unos, como dice Menéndez y Pelayo; otros con frescas reminiscencias del Góngora de los romancillos, del *ángel de luz*, que llamaba Cascales; están sus sonetos a la muerte del Duque de Veragua en que se acerca a la musa heroica de Quevedo; están sus romances, como el admirable de la *vana ciencia*, en que imita el grave y sereno filoso-

far de Lope de Vega; están en fin sus comedias y sus autos sacramentales hechos siguiendo a Calderón. Ni la variedad del gusto de sor Juana, ni la fuerza de su ingenio, podían consentir que se sometiese al cartabón de una única escuela. Llegábanle de la Metrópoli, tamizadas por la distancia, las diversas influencias de los escritores contemporáneos y de los de los siglos de oro que decaían; ella seleccionaba, asimilando y vertiendo luego en sus escritos, unas veces el oro finísimo; otras el oropel sólo, en medio del barullo de la Colonia. Para comprender la poesía de sor Juana, es preciso quizás despojarla de todo revestimiento exterior.

* * *

La leyenda de la crítica ha forjado en torno del arte de sor Juana excesos que estuvo muy lejos de soñar. Hanse ido acumulando al rededor de su fama juicios contradictorios, nacidos de la incomprensión unas veces, del apasionamiento otras. El Padre Feyjóo, con muy buen tino, hace su elogio, diciendo que nadie la igualó, acaso, en la universalidad de conocimientos; pero añade a renglón seguido: «aunque su talento poético es lo que más se celebra, fué lo menos que tuvo». Para el rigorismo pseudo-clásico de don Juan Nicasio Gallego, sus obras, atestadas de extravagancias, yacen en el polvo de las Bibliotecas desde la restauración del Gusto. No les van en zaga nuestros críticos a los críticos españoles; don José María Vigil hace un minucioso estudio de las ideas filosóficas de sor Juana y aun llega a sacar de sus palabras tesis feministas; mas, apreciándola literariamente, dice que en sus composiciones son muy pocas las faltas de buen gusto; que su estilo tiene las cua-

lidades características de los buenos escritores del siglo XVI. Quien se lleva la palma, seguramente, por la total incomprensión del espíritu de sor Juana, es don Francisco Pimentel en su *Historia crítica de la Poesía en México*; sólo viéndolo puede creerse que sea posible acumular tantas sandeces en las 52 páginas consagradas a nuestra autora: después de estudiar al gongorismo casi desde la creación del mundo; después de aplicar su excesiva pedantería a desmenuzar fragmentos de algunos poemas; después de descubrir a Góngora con la autoridad de Quintana, concluye declarando en las *notas* que la poetisa, tanto en la forma como en el fondo, es inferior a Navarrete.

Fué preciso que el talento y el buen gusto del más insigne crítico español—don Marcelino Menéndez y Pelayo—formulara su juicio, con su mesura y discreción habituales, para poder decir que se había justipreciado a sor Juana. Su artículo, a pesar de tan breve, no es sólo el mejor de los que se han escrito, sino guía indispensable para cualquier estudio acerca de la poetisa. Mas, ¿con cuál trabajo del insustituible Maestro no acontece lo propio?

* * *

Para seleccionar las poesías de este florilegio he pensado, ante todo, no excluir ninguna que tuviese algo de representativo del arte de sor Juana. Representativo de lo que merece recordarse siempre de sus poesías líricas, se entiende. He incluido dos bellísimos fragmentos del *Auto Sacramental del Divino Narciso*, canciones líricas a imitación del *cantar de los cantares*, dignas de San Juan de la Cruz; y he procurado formar una colección armónica de sus sonetos.

El texto de las poesías de sor Juana puede decirse que es

desconocido. Ni las mejores selecciones, como la de Menéndez y Pelayo, lo dan de modo definitivo, Alguna depuración he iniciado en el mío, sirviéndome para ello de ediciones hechas todas en vida de sor Juana. Para el primer tomo he usado la *Inundación Castálida*, de 1689—libro rarísimo que he podido ver gracias a la amabilidad de don Jenaro García, quien posee un ejemplar,—y las ediciones de 1690 y 1691. Para el segundo, las de 1692 y 1693. En ellas, contra lo que ocurre generalmente, son mejores las más antiguas. Para los fragmentos del *Divino Narciso* me he valido del segundo tomo de 1692, pues figura en él y no en los tomos primeros de los anteriores años. Comparadas las variantes, teniendo en cuenta también las de ediciones posteriores, que por lo general son abominables, he escogido la que me parecía más conforme con el original, la que interpretaba de modo más fiel el sentido de nuestra incomparable poetisa.

MANUEL TOUSSAINT.

BIBLIOGRAFIA

- Padre Diego Calleja.—*Aprobación* al tercer tomo de las *Obras* de sor Juana.
- Luis González Obregón.—*México Viejo*. Segunda Serie. México. Of. Tip. Sec. Fom. 1895. Nueva edición. Bouret. 1900. Capítulo IX. *La Décima Musa*.
- Pedro Henríquez Ureña.—*En pro de la edición definitiva de sor Juana*. Se publicó en la Revista MEXICO. Núm. 2. México, 1914.
Como apéndice tiene una Bibliografía de las *Obras* de sor Juana.
- Marcelino Menéndez y Pelayo.—*Historia de la Poesía Hispano Americana*. Tomo I. Madrid 1911.
- Amado Nervo.—*Juana de Asbaje*. Madrid, 1910.
- Francisco Pimentel.—*Historia Crítica de la poesía en México*. México. Of. Tip. Sec. de Fomento, 1892.
- José María Vigil.—*Sor Juana Inés de la Cruz*. Discurso pronunciado en la velada literaria que dedicó el Liceo Hidalgo la noche del 12 de noviembre de 1874, a celebrar el aniversario del natalicio de la ilustre poetisa. Se imprimió en la colección de *Opusculos* de Vigil que no llegó a circular.